

GONZÁLEZ GARCÍA, Moisés
Introducción al Pensamiento
Filosófico. Filosofía y Modernidad
Editorial Tecnos
Madrid, 2008 (6ª)
pp. 25-39

CAPÍTULO PRIMERO
EL LUGAR DE LA FILOSOFÍA
EN LA CULTURA

(Naturaleza y significado de la filosofía)

1. CARGOS CONTRA LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA

La tarea de la filosofía del presente no puede ser otra que la de pensar la época actual, el hoy y el ahora, por eso el problema no consiste tanto en dilucidar, si ello es posible, la naturaleza de la filosofía, sino en determinar si la actividad filosófica sigue siendo hoy una actividad válida y necesaria, esto es, si sigue teniendo algún papel o función relevante que desempeñar en relación a los problemas de la sociedad de nuestros días.

Casi todo el mundo está dispuesto a admitir que la filosofía, en cuanto actividad que se ha dado en la historia humana, ha cumplido un papel esencial en el pasado del pensamiento humano, pero son muchos los que creen que ese tipo de actividad carece de sentido en el presente, considerando que, por lo que se refiere al pensamiento contemporáneo, no hay ya lugar para la filosofía, que a ésta, después de haber alumbrado una descendencia rica y vigorosa, le habría llegado ya el momento del retiro.

Efectivamente hoy la filosofía está sometida a un verdadero proceso. Los cargos que se hacen contra ella son muchos y muy diversos. Algunos llegan a considerar que la actividad filosófica carece totalmente de sentido. Así Schlick, el líder del Circulo de Viena, anunció hace ya bastante tiempo que la filosofía tenía los días contados, dado que: «nunca habla con sentido, sino sólo de insensateces carentes de significado»¹. Naturalmente, llegaría un momento, que ya no estaría lejano dada la exigencia de sensatez que los hombres del momento presente demandan, en el que los filósofos perderían su público, can-

¹ Citado por K. POPPER en «Cómo veo la filosofía», *La Lechuza de Minerva. ¿Qué es filosofía?*, cit., p. 61.

sado de tantos despropósitos. Una descalificación tan contundente de la filosofía, resulta ciertamente sorprendente, no sólo porque durante miles de años muchos hombres hayan estado dedicados a esa actividad y otros muchos hayan leído u oído sus palabras sin advertir tan insensata tarea, sino sobre todo porque esos «despropósitos filosóficos» hayan dado como resultado saberes tan sólidos como la ciencia y la técnica modernas.

La mayoría de los críticos actuales de la filosofía no comparten, en absoluto, tan radical postura, pues reconocen a la filosofía haber contribuido de forma importante al progreso de la humanidad, pero sostienen con rotundidad que su destino histórico ya se ha cumplido al desembocar y desaparecer en el conocimiento científico. Dado, pues, que la vieja concepción de la filosofía ha concluido necesaria y lógicamente en la ciencia, hoy día, como dice Alan Watts, los filósofos que quieran, al viejo estilo, «vagar por la noche para contemplar las estrellas o reflexionar sobre temas tales como el destino del hombre y el significado final del cosmos..., deberían pasear por el campus universitario con la bata blanca del científico»². Habríamos pasado, en consecuencia, del «reinado de la filosofía» a poco menos que arrojarla al desván de los recuerdos.

Otros insisten en que en un mundo técnico como el nuestro la ineficacia de la filosofía es especialmente llamativa, y no hay que olvidar que la conciencia moderna exige fundamentalmente resultados prácticos. Se acusa finalmente a la filosofía que se desarrolla mayoritariamente en nuestros días, y esto si fuese cierto sería realmente grave, de su falta total de relevancia en relación a los graves y acuciantes problemas de la sociedad actual, pues los temas que tratan los filósofos poco o nada tienen que ver con los problemas humanos del momento presente, refugiándose en análisis de problemas técnicos, sin aventurarse a correr el riesgo de elaborar pautas o normas que permitan orientarse para la solución de los angustiosos problemas que vive la humanidad en la hora presente.

Es cierto que no pocos filósofos en la actualidad han olvidado que la auténtica filosofía siempre fue una actividad crítica y creativa que buscó la comprensión con el firme propósito de responder a las necesidades de los hombres, y que al olvidar eso han caído en un inútil academicismo que a nadie interesa, como dice Allan Watts: «En la medi-

² A. WATTS, «Filosofía más allá de las palabras», en *La Lechuza de Minerva. ¿Qué es filosofía?*, cit., p. 195.

da, pues, en que los filósofos profesionales se han encerrado en un juego de palabras para definir la definición, no puede decirse de ellos que sean amantes de la sabiduría. Razonarán, sin fin, sobre el raciocinio; calcularán sobre el cálculo; hablarán sobre el hablar hasta que nadie pueda seguirles»³.

Esta pérdida de rumbo en la que han caído algunos filósofos contemporáneos, puede llevar a estos denunciadores de los «sinsentidos» en los que habrían caído los filósofos de todos los tiempos, a un auténtico embrollo y absurdo, al quedar enredados ellos mismos en su propio juego, como ingeniosamente pone de manifiesto el texto de un notable representante de esa corriente que hoy suele denominarse como «antifilosofía»:

«A veces se pregunta: ¿Qué significa la palabra? ¿Qué quiere decir la frase? ¿Qué dice la oración? ¿Qué quieres decir tú? ¿Quieres decir lo que dicen tus palabras? ¿Quieres decir tus palabras lo que tú quieres decir? ¿Quieres decir lo que dicen tus palabras, pero no lo que significan tus frases? ¿O quieres decir lo que dicen tus palabras y tus frases, pero no lo que quieren decir tus oraciones? ¿O quieres decir lo que quieren decir tus oraciones, pero no lo que significan tus palabras sino lo que dicen tus frases? ¿O quieres decir lo que dicen tus oraciones, pero no lo que dicen tus frases, sino lo que dicen tus palabras? ¿O quieres decir que dices lo que dicen tus oraciones, pero no lo que quieren decir ni tus palabras ni tus frases? ¿O quieres decir que dices lo que quieren decir algunas de tus palabras y todas tus frases, pero no lo que dicen tus oraciones?...»⁴.

Parece un hecho mayoritariamente aceptado que la filosofía contemporánea está marcada por una considerable desorientación y esterilidad, pero esto no es por si solo razón suficiente para afirmar categóricamente que se haya secado la fuente de la inspiración filosófica; no es la primera vez que esto ocurre en la historia de la filosofía y no por eso desapareció de la vida intelectual humana. El salto hacia adelante que permita salir de esta profunda crisis que paraliza el pensamiento filosófico, puede darse en cualquier momento, siempre y cuando los filósofos, en lugar de replegarse sobre si mismos, sean capaces de explorar por su cuenta y riesgo nuevas posibilidades de pensamiento que permitan colaborar en la interpretación y organización de nuestro mundo.

Es de todo punto evidente que el desarrollo de la civilización científico-técnica ha dado lugar a contradicciones fundamentales, frus-

³ A. WATTS, «Filosofía más allá de las palabras», cit., p. 203.

⁴ P. ZIFF, «Cómo veo la filosofía», en *La Lechuza de Minerva. ¿Qué es filosofía?*, cit., p. 227.

trando la esperanza de una liberación y transformación de la vida humana. Y no se trata solamente de la amenaza de una guerra que destruiría a la entera humanidad y el consiguiente terror y temor que esto supone, sino muy especialmente esta especie de guerra continua y permanente que supone la deshumanización y degradación de la vida diaria. Es precisamente esta situación de crisis en la que vivimos, esta insatisfacción de las conciencias la que debería permitir el vuelo del pensamiento filosófico, pues, como ya dijo Hegel, «la lechuza de Minerva sólo emprende el vuelo al atardecer». El reto de la filosofía actual sería precisamente dar respuesta a los problemas planteados por el desarrollo científico y técnico, intentando plasmar en la realidad una auténtica vida humana «de acuerdo con la razón», lo que constituyó, sin duda, su principal meta y objetivo al suceder y sustituir al pensamiento mítico. No parece que tal vida racional sea una realidad visible o esté cerca de serlo. De ahí que la filosofía siga siendo necesaria, en la medida en que consideremos que tal cosa constituye un bien deseable.

El hecho de que muchos filósofos contemporáneos no dediquen su tiempo y sus energías intelectuales a una tan estimulante tarea no es achacable sin más a la filosofía misma, sino a que muy posiblemente han olvidado la verdadera naturaleza y los verdaderos fines de la actividad filosófica. Pero esto nos lleva a plantearnos precisamente cuál es esa naturaleza y esos fines.

2. ¿QUÉ ES ESO DE LA FILOSOFÍA?

Las palabras «filosofía» o «filósofo» no son ciertamente desconocidas en nuestro universo cultural, pero si se nos ocurre preguntar a la gente algo así como ¿qué es lo que hacen los filósofos?, podremos comprobar que no hay respuesta para una pregunta aparentemente tan sencilla. Tal vez algunos responderían a la pregunta diciendo: «que lo que hacen los filósofos es filosofía». Pero si ante tan brillante respuesta insistimos de nuevo: ¿y qué es eso de la filosofía?, lo más probable es que nos respondan que si verdaderamente estamos interesados en saberlo se lo preguntemos a los filósofos mismos. Y si efectivamente nos acercamos a algunos de ellos y les preguntamos ¿en qué consiste su profesión, qué hacen ustedes cuando están trabajando?, podemos quedar absolutamente perplejos y desconcertados con sus respuestas. En los rostros de algunos podemos comprobar un cierto sobresalto

ante tan, aparentemente al menos, inocente pregunta, mirándonos como seres perversos que quisiéramos tan sólo turbar su paz y tranquilidad, prefiriendo claramente no tener que hablar acerca de la filosofía misma; otros intentarán evadir la respuesta diciéndonos no lo que hacen sino lo que no están haciendo; otros nos responderán, suscitando la perplejidad por nuestra parte, que honestamente no saben exactamente cuál es la naturaleza de su materia y que si alguna vez pensaron que lo sabían ya no están tan seguros, dado que su concepción de la misma ha cambiado de forma significativa a lo largo de su carrera filosófica; otros sí nos darán respuesta pero, con gran sorpresa por nuestra parte, comprobaremos que en muchos casos las respuestas no son sólo distintas y diferentes entre si en muchos aspectos y no sólo de matiz, sino que el desacuerdo entre muchas de ellas es total. Al final de nuestra breve indagación seguimos como al principio sin saber qué es la filosofía, pero, sin duda, habremos conseguido al menos una certeza, esto es, que comprender la naturaleza de la filosofía no es en absoluto una tarea fácil y si es verdad lo que dijo Sócrates de que el comienzo de toda sabiduría está en reconocer la propia ignorancia, tal vez nos hayamos situado en el camino correcto para comenzar el estudio de la filosofía. Explorar ese mundo filosófico desconocido puede resultar a veces desconcertante, pero sin duda alguna también apasionante; de todas formas conviene señalar que los senderos por los que ha discurrido la filosofía han sido muchos y a veces no especialmente luminosos, por lo que conviene advertir de ello a los que comienzan a andar por esos derroteros ante posibles engaños. Y como advertencia ninguna mejor que la que nos hace Kierkegaard:

«Lo que dicen los filósofos sobre la realidad es a menudo tan decepcionante como un cartel colocado en el escaparate de una tienda en el que se lee: "Aquí se plancha ropa". Si llevas tu ropa a planchar, te llevarás un chasco, porque el cartel está a la venta»⁵.

La indagación anteriormente llevada a cabo nos pone de manifiesto un rasgo que es peculiar de la filosofía y que la distingue claramente de otras actividades humanas que pueden relativamente comprenderse bastante bien y que no necesitan recurrir a la serie de preguntas que en nuestro caso resultan inevitables. Es verdad que cualquier definición en una disciplina teórica, además de ser escasamente útil, no

⁵ Citado por A. C. DANTO, *¿Qué es filosofía?*, Alianza Editorial, Madrid, 1976, p. 12.

suele recoger exactamente la naturaleza de esa materia, pues los problemas que aborda sufren un continuo cambio al igual que los métodos de análisis con los que trata de resolverlos. En este sentido convendría recordar la frase de Lacan cuando dice que definir es lo más semejante a apresar la mosca en el ámbar para nada saber de su libre vuelo. Pero, en todo caso, es perfectamente posible en las ciencias adelantar una definición, aunque sea mala, y eso porque en ellas existe un cuerpo de conocimientos suficientemente definido y sistematizado, que se ha logrado debido a la clara delimitación de unos problemas, de los métodos empleados para tratar de resolverlos, así como de la universal aceptación de unos resultados que históricamente enlazados ha dado lugar a lo que solemos denominar como progreso científico. En filosofía tal tipo de progreso, a semejanza de lo que sucede, por ejemplo, en la física, en la química o en la astronomía, es inexistente, dado que, a pesar de su prolongada vida, no ha podido conducir a ningún cuerpo de verdades filosóficas que garantizaran algún tipo de referencia a lo que pudiéramos denominar como «conocimiento filosófico». En este sentido la pretensión de construir una «filosofía perenne» como depositaria de un núcleo de verdades filosóficas resulta absurdo e imposible. Lo único que hay de perenne es la filosofía misma y con ella determinados planteamientos, preguntas o problemas que al repetirse en las distintas situaciones históricas obligan al filósofo a tener que volver a pensarlos de nuevo, con mayor profundidad, rigor y sutileza en sus análisis. Esas preguntas pueden ser tan inmensas como: ¿cuál es la naturaleza del universo?, o ¿tiene el mundo un propósito?, o ¿cuál es la naturaleza del hombre y si tiene sentido su vida?, etc. Preguntas todas ellas ciertamente desconcertantes, para las que la ciencia no ofrece ninguna respuesta, ya que no pueden resolverse mediante experimentos de laboratorio. Por eso es inútil intentar encontrar alguna vez para ellas una respuesta definitiva.

Otro rasgo diferenciador de la filosofía en relación a otras disciplinas o actividades humanas es que mientras éstas no necesitan plantearse de forma imperiosa la naturaleza de su propia materia o actividad, no sucede lo mismo con la filosofía que tiene que dar cuenta de sí misma. Efectivamente, es perfectamente posible que los músicos o los poetas desarrollen a plena satisfacción su propia actividad sin que tengan por ello que dar razón de la naturaleza de la música o de la poesía. Y lo mismo puede decirse de las distintas ciencias. Un físico, por ejemplo, puede ser un buen físico sin que se le exija por ello como requisito indispensable que se ocupe de la naturaleza de la física. Es

cierto que muchos de los grandes físicos como, por ejemplo, Heisenberg o Einstein si lo han hecho, interrogándose acerca de los fundamentos de su propio saber o intentando esclarecer lo esencial de su propia disciplina. Pero entonces sus trabajos dejan por ello mismo de ser científicos para adquirir un alcance eminentemente filosófico. En la medida en que desarrollan ese tipo de actividad están elaborando la filosofía de su propia ciencia. Es decir, parece que la naturaleza de la música, la poesía o la física, por ejemplo, es un problema externo a las mismas, o sea, que pueden perfectamente no tener que verse obligados a ocuparse de esa cuestión o similares, o que pueden adelantar sin mayores problemas una determinada respuesta sin que por ello dejen de ser buenos profesionales en sus respectivas ocupaciones. Parece que les es posible distinguir entre llevar a cabo sus distintas actividades y «hablar sobre» las mismas. No sucede evidentemente esto con la filosofía, no es posible «hacer filosofía» para nadie si previamente no se ha planteado con seriedad y rigor la naturaleza de su propia actividad tratando de darle algún tipo de respuesta, aunque ésta sea la de que la filosofía no tiene una naturaleza esencial. La naturaleza de la filosofía es una cuestión interna a la filosofía misma y este es un dato que hay que tener siempre en cuenta y que permite distinguir a la filosofía de otras actividades humanas.

La filosofía ha sido siempre, y lo seguirá siendo, un saber reflexivo, consciente de sí mismo, al que se le exige la mayor transparencia posible. Por eso resulta inevitable que la propia actividad filosófica empiece analizando la naturaleza y el significado de la propia filosofía. Pero si bien el planteamiento de esta cuestión es indispensable, no puede la filosofía limitarse simplemente a hacer eso, agotando sus energías en esa indagación. Ese problema no es sino uno de los muchos problemas de la filosofía y no la única razón de su existencia, pues evidentemente, el replegarse sobre sí misma, sólo es posible si la filosofía ya está constituida. Y el hecho de su larga vida dentro de la historia humana es por sí mismo suficiente para justificar su validez. La indagación a partir del hecho de su existencia debería ir dirigida más bien a comprender el papel que ha cumplido en el pasado de la historia humana y el que todavía pueda corresponderle en el mundo actual.

Pero el rasgo, sin duda, más característico y llamativo de la filosofía es el radical desacuerdo que parece existir sobre todos y cada uno de los planteamientos filosóficos, los métodos de análisis y las soluciones propuestas. Este hecho parece ser una constante que ha acom-

pañado a nuestra disciplina a lo largo de su dilatada historia, de forma que, a primera vista, la historia de la filosofía se presenta como:

«un campo de batalla cubierto de cadáveres, un reino no ya solamente de individuos muertos, físicamente caducos, sino también de sistemas refutados, espiritualmente liquidados, cada uno de los cuales mata y entierra al que le precede»⁶.

Conviene tener presente además, que la variedad de puntos de vista afecta no sólo a cuestiones marginales, sino que se refiere a la propia actividad que desarrollan los profesionales de la misma, lo cual resulta asombroso, pues parece que al menos en eso sí deberían estar mínimamente de acuerdo. Cuando contemplamos la filosofía tal como ha sido entendida, practicada y enseñada, la primera impresión que tenemos es que no puede resultar empresa fácil la de descubrir un conjunto único de características que nos permitan aplicar el término «filosofía» sabiendo de forma aproximada al menos cuáles son sus fines y sus medios. Si nos fijamos en qué hacen los filósofos y cómo lo hacen, dice Adam Schaff, comprobaremos que «la variedad de sus quehaceres, y a veces incluso la incompatibilidad de dichos quehaceres y criterios es tan grande que con frecuencia es difícil comprender por qué todos ellos llevan el mismo nombre»⁷. Lo preocupante no es tanto la existencia del desacuerdo, sino la amplitud del mismo, como dice J. J. C. Smart: «El problema en filosofía no es tanto que se produzcan desacuerdos sobre cuestiones fundamentales. Tales desacuerdos ocurren saludablemente en la ciencia. Lo grave es que los filósofos llegamos a veces a algo parecido al desacuerdo total, o incluso a la total incompreensión»⁸. Estos desacuerdos entre los filósofos que no son meramente «domésticos» y que, por tanto, podrían dar lugar a un entendimiento fácil, son la causa, según algunos, de la falta de respetabilidad en nuestra sociedad de la empresa filosófica:

«Cuando contemplamos la profesión de la filosofía, empezamos a dudar de esta supuesta respetabilidad. Y ello ocurre porque en filosofía no parece haber criterios estándar que estén admitidos. Considérense los trabajos de un cierto tipo de fenomenólogos o existencialistas. A muchos filósofos, incluido yo mismo, se nos aparecen no sólo como algo incomprensible, sino como una sarta de palabras

⁶ G. W. F. HEGEL, *Lecciones sobre historia de la filosofía*, «Introducción», F. C. E., México, 1979, p. 22.

⁷ A. SCHAFF, «Qué hacen los filósofos», en *La Lechuza de Minerva. ¿Qué es filosofía?*, cit., p. 185.

⁸ J. J. C. SMART, «Mis ascensos y descensos semánticos», en *La Lechuza de Minerva. ¿Qué es filosofía?*, cit., p. 76.

vanas. Tanto si tales escritos son realmente vanos como si no, parece ser un hecho empírico que dentro de la profesión filosófica hay grupos entre los que no parece posible el diálogo [...]. Seguramente, si la filosofía fuera una materia respetable, habría acuerdo general sobre lo que es y lo que no es banal, al menos entre aquellos a quienes se les paga grandes sumas por enseñarla en prestigiosas universidades... Cuando pienso en el alto grado de banalidad de la filosofía fenomenológica y existencialista, cuya lectura me repele, paso por momentos de desesperación y me pregunto si la filosofía es una materia propiamente dicha»⁹.

Los intentos de hacer de la filosofía una actividad o profesión respetable han sido numerosos y, como no podía ser menos, han ido en la línea de incluirla dentro del ámbito de las ciencias pretendiendo que sus procedimientos fuesen tan rigurosos y exactos como los utilizados por la usurpadora de su trono, esto es, la ciencia. Nos es suficiente recordar la exigencia por parte de Descartes, Leibniz o Spinoza, de proceder en filosofía *more geométrico* o más recientemente los esfuerzos llevados a cabo por Edmund Husserl para construir la filosofía como «ciencia estricta». Sin embargo creo que los planes más serios para equiparar la filosofía a la ciencia se han hecho en el pensamiento filosófico contemporáneo, debido evidentemente a los nuevos métodos de análisis que parecían permitir una cierta plausibilidad científica en las disputas filosóficas.

El intento más elaborado y conocido que se ha hecho en este sentido es el de considerar a la filosofía no como un saber sobre el mundo, sino como un saber acerca del saber. Este rasgo ya estuvo presente en la filosofía antigua, pero lo radicalmente nuevo en la filosofía contemporánea es que ésta sería en exclusiva la única función propia de la filosofía. Se la convertiría en una actividad de «segundo orden» al abandonar la pretensión de poseer algún tipo de conocimiento, debiendo limitarse exclusivamente a una mera actividad de análisis conceptual, cuyo resultado no sería el conocimiento, sino la clarificación del lenguaje. Esta concepción de la filosofía tendría la ventaja de hacer de ella una auténtica profesión, tan digna y necesaria como cualquier otra, dentro del ámbito del saber, acabando con el desasosiego y desconcierto de ese no saber exactamente cuál era su meta y la forma de alcanzarla. Ahora ya está todo claro, las mentes de los filósofos pueden descansar tranquilas sabiendo qué es lo que tienen que hacer exactamente. Además esta nueva concepción de la actividad filosófica parecía dar buenos resultados, como era exigible a cualquier tipo de

⁹ J. J. C. SMART, «Mis ascensos y descensos semánticos», cit., pp. 75-77.

actividad científica. Sus métodos de análisis parecían permitir acabar con todo género de insolubles proposiciones filosóficas que habían angustiado o atormentado durante siglos a los hombres, al aparecer simplemente como «carentes de significado». La detección de las mal-construcciones del lenguaje podían permitir descubrir lo absurdo de muchas teorías filosóficas y arrojar al desván de los trastos viejos a numerosos y misteriosos fantasmas que habían rondado hasta entonces por los cuartos de estudio de los filósofos.

Pero desgraciadamente las cosas no son tan sencillas, pues además de que tal concepción reduccionista de la actividad filosófica llevaría consigo la eliminación de una gran parte de la historia de la filosofía al afirmar que sólo tienen sentido determinados intereses filosóficos, mientras que el resto entran a formar parte de la categoría de los «sin-sentidos», lo más sorprendente es que no son capaces de acabar con el desacuerdo filosófico, al diferir notablemente los resultados de sus análisis. A pesar de los loables esfuerzos por clarificar nuestros lenguajes para enseñar a la mosca la forma de salir de la botella, no parece que los resultados obtenidos sean muy brillantes ya que la mosca parece seguir pertinazmente atrapada dentro de la botella, como reconocería el propio Wittgenstein en sus *Investigaciones filosóficas*. El intento, pues, de reducir a la filosofía a «simple análisis conceptual», no ha acabado con la disparidad de los puntos de vista que hoy parecen ser mayores que nunca.

Querer hacer de la filosofía una «ciencia estricta» o incluirla dentro del ámbito del conocimiento científico es algo que está necesariamente condenado al fracaso, pues la filosofía no es una ciencia ni puede llegar a serlo. Una de las razones que lo explican es la manifestación personalista del pensamiento filosófico. La amplia participación de la subjetividad en los quehaceres del filósofo ha impedido siempre alcanzar la meta de hacer de la filosofía una ciencia. En ese sentido se expresa Habermas:

«Hasta hoy la reflexión filosófica se ha movido en una dimensión en que la forma de exposición no es extrínseca a las ideas filosóficas. La unidad fáctica de razón teórica y práctica, que hasta ahora se ha traducido en esta forma individual de reflexión, exige una comunicación, no sólo en el plano de contenidos proposicionales sino de igual manera al nivel metacomunicativo de las relaciones interpersonales. En este sentido nunca ha sido ciencia la filosofía: invariablemente ha permanecido ligada a la persona del profesor filosófico»¹⁰.

¹⁰ J. HABERMAS, «Para qué aún filosofía», en *Sobre Nietzsche y otros ensayos*, Ed. Tecnos, Madrid, 1982, p. 65.

Otro aspecto que no han sabido tener en cuenta los que han pretendido hacer de la filosofía una ciencia es el haber olvidado el estatuto especial que caracteriza al saber filosófico, esto es, su relación con la praxis. La filosofía no se ha atendido nunca, ni puede hacerlo sin traicionarse a sí misma, al ámbito de la teoría.

Finalmente, algunos consideran solucionado el problema de la diversidad, diciendo que la filosofía no tiene una naturaleza esencial. Bastaría un examen cuidadoso de toda la actividad filosófica, esto es de todo aquello que encuadramos bajo el rótulo de «filosofía», para que nos diéramos cuenta que no hay ninguna característica o conjunto de características que todos los llamados problemas filosóficos y solamente ellos tengan en común, y, en consecuencia, no sería posible definir la naturaleza esencial de esa actividad, o simplemente usar correctamente el término «filosofía». La solución estaría evidentemente en un planteamiento correcto del problema que evitase que buscásemos cosas allí donde no pueden encontrarse. El término «filosofía» tendría un valor meramente pragmático y sería usado, de acuerdo con la opinión sostenida por alguno de estos autores, como una simple etiqueta:

«La filosofía no es una profesión unificada con un gran núcleo de competencia perfilada, como lo es la medicina. "Filosofía" es uno de entre una serie de términos de cobertura usados por decanos y bibliotecarios en su necesaria tarea de agrupar la miríada de tópicos y problemas de la ciencia y la enseñanza bajo un número manejable de rótulos. El hecho de que el tópico en que trabaje un hombre y el tópico en que trabaje otro sean agrupados bajo el rótulo "filosofía" no hace a ninguno de esos dos hombres responsable del tópico del otro, ni de ningún otro tópico que sustancialmente intervenga»¹¹.

Sin embargo, el hecho de que sea difícil determinar el lugar de la filosofía dentro de la cultura humana, no quiere decir que no lo tenga. Igualmente el que determinadas actividades sean difícilmente clasificables como filosóficas o no, no quiere decir que no haya obras incuestionablemente filosóficas, como el análisis de determinados problemas-límite que son recurrentes en la historia del pensamiento, a los que no es posible responder de forma concluyente, problemas que giran en múltiples direcciones y de área vastísima, de forma que la filosofía deba ir adjetivada como filosofía de..., de..., de...; estos problemas y la forma de abordarlos forman una cierta comunidad presentando alguna característica o características comunes. Y lo mismo

¹¹ W. V. QUINE, «Una carta al señor Ostermann», en *La Lechuga de Minerva. ¿Qué es filosofía?*, cit., pp. 231-232.

sucede con ciertos pensadores a los que sin la menor vacilación denominamos «filósofos» y determinadas obras a las que correctamente podemos clasificar como «filosóficas». El hecho de que encontremos dificultades para establecer las características comunes a todos ellos, no quiere decir que no las tengan.

3. DIAGNÓSTICO Y VALORACIÓN DE LA DIVERSIDAD. UNA PROPUESTA

Por lo que hemos dicho hasta ahora parece bastante claro que no sólo no es fácil acabar con el desacuerdo, sino que parece ser ineliminable y que conviene acostumbrarse a vivir con él. Los intentos que se han hecho en el pasado para eliminarlo, no han dado resultado al igual que los esfuerzos que han tenido lugar en el presente. No es cuestión, pues, de suprimirlo artificialmente, sino de comprenderlo y valorarlo, dado que al ser un hecho evidente que ha acompañado a la actividad filosófica a lo largo de toda su historia, parece más bien que deba ser considerado como algo esencial a la propia filosofía. La presentación de ese hecho, que para algunos constituye un argumento determinante en contra de la validez científica de la filosofía, sólo demuestra que ésta no es una ciencia ni como tal puede ser valorada.

El «escándalo del desacuerdo filosófico» sólo es fatal para aquellos que consideren que la filosofía puede ofrecernos un inmutable núcleo de verdad, es decir, para los que ambicionan o creen que ésta puede estar en posesión de un conocimiento genuino, y que, por tanto, es posible dar de ella una definición definitiva. Los intentos de dar a la filosofía un sentido preciso e irrevocable, de paralizar o sorprender el vuelo filosófico, no han tenido nunca éxito. Múltiples y opuestas definiciones se han sucedido a lo largo de la historia. Analizadas las cosas desde ese punto de vista la historia de la filosofía se presenta, en palabras de Hegel, como un campo de batalla en el que aparecen los más diversos y dispares pensamientos de las múltiples filosofías que se contradicen y refutan entre sí. Cada filosofía que aparece pretende estar en posesión de la verdad absoluta y, en consecuencia, necesita empezar refutando todas las filosofías anteriores, pero también ella inevitablemente terminará sufriendo la misma suerte:

«Se da, es verdad, el caso de que aparezca, a veces, una nueva filosofía afirmando que las demás no valen nada, y, en el fondo, toda filosofía surge con la pretensión no sólo de refutar a las que la preceden, sino también de corregir sus fal-

tas y de haber descubierto, por fin, la verdad. Pero la experiencia anterior indica más bien, que a estas filosofías les son aplicables otras palabras del Evangelio, las que el apóstol Pedro dice a Safira, mujer de Ananías: “Los pies de quienes han de sacarte de aquí están ya a la puerta”. La filosofía que ha de refutar y desplazar a la tuya no tardará en presentarse, lo mismo que ha ocurrido a otras»¹².

Un sentido mínimo de fidelidad histórica nos obliga a considerar que cualquier intento de definición de la filosofía carecería de justificación y de sentido:

«Por consiguiente, la filosofía se limita a ser una idea de una ciencia posible que nunca se da en concreto, pero a la cual intentamos aproximarnos por varios conductos... Hasta el presente no puede aprenderse filosofía alguna, pues ¿dónde está ella, quién la posee y en qué puede reconocerse? Solamente puede aprenderse a filosofar»¹³.

Efectivamente todos los intentos que se han hecho y que se hagan, pues la imposibilidad de dar una respuesta no anula la pregunta, han terminado y terminarán en el fracaso. No existe un único rostro de la filosofía que pueda ser captado y «definido», son muchos sus rostros que cambian además continuamente. Pero este hecho no es algo desolador o que deba conducirnos al desaliento. Tal vez lo que debemos hacer en nuestra indagación acerca de la naturaleza y significado de la filosofía es averiguar las posibilidades de una nueva dimensión que pueda servirnos de guía en nuestra búsqueda. Los viejos planteamientos que intentan plasmar en una definición la naturaleza esencial de la filosofía no nos han conducido a ningún lado, más bien al absurdo:

«Trozamos así, en seguida, con la idea muy corriente de la historia de la filosofía que ve en ella, simplemente, un acervo de opiniones filosóficas, que van desfilando por esa historia tal y como surgieron y fueron expuestas a lo largo del tiempo. Cuando se habla indulgentemente, se da a esta materia el nombre de opiniones; quienes creen poder exteriorizar un juicio más a fondo, llaman a esta historia una galería de las necedades o, por lo menos, de los extravíos del hombre que se adentra en el pensamiento y en los conceptos puros [...]. Esta historia, convertida así en un relato de diversas opiniones, no pasa de ser, concebida de este modo, materia de ociosa curiosidad o, si se quiere, de erudición... Si la historia de la filosofía no fuese nada más que una galería de opiniones [...], sería, en verdad, una ciencia harto superflua y absurda, por mucha utilidad que se sacase o se creyese sacar de todo ese trasiego de pensamientos»¹⁴.

¹² G. W. F. HEGEL, *Lecciones sobre historia de la filosofía*, «Introducción», cit., pp. 22-23.

¹³ I. KANT, *Crítica de la razón pura*, «Metodología trascendental», Sección Tercera: «Arquitectónica de la razón pura», Ed. Losada, Buenos Aires, 1973, p. 401.

¹⁴ G. W. F. HEGEL, *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, «Introducción», cit., pp. 17-18.

Si la filosofía no pudiese ser otra cosa distinta a lo apuntado en el texto anterior no tendríamos demasiado inconveniente en abandonar tan contradictoria profesión para dedicarnos a otra cosa; podríamos, como dice Hegel, aplicar a las filosofías las palabras de Cristo: «Deja que los muertos entierren a sus muertos».

Pero firmemente convencidos de la importancia y utilidad de este producto de la cultura humana nos vemos obligados a intentar hallar un nuevo camino que nos permita comprender su sentido y valor en el pasado de la historia humana, y ver si sigue teniendo alguna validez en nuestro presente. Pero ¿cuál es esa nueva dimensión?

A nuestro modo de ver la única forma posible de averiguar lo que es esa actividad que denominamos filosofía consiste en examinar lo que los profesionales de la misma han hecho en el pasado, esto es, adentrarnos en su historia, pero no para perdernos en los vericuetos de lo que han dicho los filósofos, sino para tratar de comprender a la filosofía misma, esto es, para entender la función histórica que ha cumplido, ¿por qué surgió?, ¿por qué fue necesaria?

Es preciso reconocer la necesidad histórica a que respondieron las filosofías del pasado, y no limitarse a describir el espectáculo de la liquidación y entierro de unos sistemas por otros. Nuestra búsqueda debe ir dirigida a la comprensión del sentido y la validez que tuvo la filosofía en cada época histórica. Pero el objetivo primordial de nuestra indagación consiste no sólo en descubrir el papel que cumplió en el pasado, sino en tratar de averiguar si hoy tiene sentido el «seguir filosofando», esto es, si es verdad que aún hoy la filosofía sigue siendo necesaria y, si es así, cuál debe ser su función en este mundo en transformación que es el nuestro.

Ya hemos dicho anteriormente que el objeto de nuestro pensamiento es el hoy y el ahora, pero eso nos obliga a mirar hacia atrás, en especial hacia los orígenes, pero con la firme intención de que nos sea posible ver las exigencias de nuestro pensamiento en el presente histórico. Las filosofías del pasado no pueden dar respuesta a nuestros problemas, pues las necesidades de su época eran distintas. Los textos de los filósofos contienen ciertamente inagotables tesoros de pensamiento que pueden sernos útiles para nuestra reflexión, pero que no nos dan sin más la respuesta a los problemas de la hora presente. No nos exigen de pensar por nosotros mismos, aunque sí nos pueden ayudar a encontrar dialogando, o sea, entablando una controversia con ellos y discutiendo aquello de lo que ellos hablan, la forma de responder a nuestras necesidades y preocupaciones actuales. En algún sentido los

grandes pensadores del pasado pueden ser considerados no sólo como hijos de su tiempo, sino de alguna forma también del nuestro y, en este sentido, siguen vivos y no envejecen:

«Leemos a Hobbes y a Hume, a Spinoza y a Kant, no por sus comentarios y análisis de los asuntos públicos de sus días, sino por sus visiones de la excelencia humana, su captación de los recurrentes, si es que no perennes, problemas de la vida social, y sus perspectivas sobre la condición del hombre. Los grandes filósofos no son hombres de una nota, de una temporada, o de una disposición. Aun cuando están en su tiempo, no son meramente de su tiempo. Ésta es la razón de que Sócrates, Platón y Aristóteles no envejezcan en sus temas centrales, y estén todavía vivos para las mentes sensibles e indagadoras que saben prescindir de sus parroquiales contornos»¹⁵.

Nuestra propuesta es, pues, la de analizar la actividad filosófica tal como aparece en la historia, tratando de comprender el sentido de lo que los filósofos dijeron, por qué y para qué filosofaron, y no para asistir sin más a una mera representación de nombres e ideas que se suceden ininterrumpidamente, y que tan sólo puede proporcionarnos una inútil erudición. Pero vista la disparidad de los puntos de vista o, como algunos dicen, «el escándalo del desacuerdo filosófico», no es mi intención acabar con él. Por eso mi propuesta quiere ser simplemente eso, una propuesta razonada que como es lógico comparte el destino de todo enunciado filosófico, esto es, ser aceptado por algunos y rechazado por otros que adopten un punto de vista diferente.

¹⁵ S. HOOK, «Filosofía y acción pública», en *La Lechuza de Minerva. ¿Qué es filosofía?*, cit., p. 100.